

Hacer un chiste en un velorio

por Eduardo Savino

soñé un límite impreciso
soñé con las moscas de mi primer departamento, cómo se junta-
ban en verano y
hacían círculos y cruces sobre la cocina, la sensación de pesadez
que
transmitían, las trampas que inventé para matarlas
soñé que repetía; todo; muchas veces
soñé que tu hermano lloraba —era mi culpa—, que las plantas se
morían
—era mi culpa—, que el queso se pudría sobre la mesada
—era mi grandísima culpa—
soñé un límite más concreto: el auto no arrancaba
soñé el número de veces que nos quedan para hacer el amor hasta
que yo muera
soñé, antes, que yo moría primero
soñé que no morías y salté de la cama, salí corriendo a la calle, no
frené ni por
los autos ni las motos ni los árboles ni los perros ni los fascistas
soñé varias veces que los dientes se me caían, que mi cara en el
espejo se
desfiguraba, que manejaba un auto descontrolado, que de pronto
en el
auto yo estaba de acompañante y quién manejaba y cómo puede
ser que
no frene y qué hago, que me apuñalaban, que me pegaban un tiro,
que

me drogaban para secuestrarme
soñé con maradona dos veces en las últimas semanas y tal vez no
sea él
viniendo a visitarme, tal vez sean la adicción y la violencia y la
locura
de mi padre, y la imposibilidad de separar una cosa de otra,
y la obligación metafísica de tener *una mirada global del asunto*
soñé límites propios porque no hubo otros
soñé bocas muertas sin nada para decirme; sin dientes; empe-
zando a derretirse
soñé hacer un chiste en un velorio; una carcajada general cre-
ciente multiplicada
por el eco el eco el eco y de golpe silencio
soñé un mundo sin hombres y fue como salir a respirar después
de estar un minuto abajo del agua